

El tema de la nobleza en las *Cartas Marruecas* de José Cadalso

Ana Tobío Sala

Università di Firenze (<ana.tobiosala@unifi.it>)

Abstract

The *Cartas Marruecas* by Cadalso, one of the most representative writers of the Spanish Enlightenment, is the author's best known and most highly appreciated work, being famous for focussing on Spanish XVIII epistolary prose. Partially influenced by reading *Lettres persanes* by Montesquieu and *The Citizen of the World* by Goldsmith, the work introduces three correspondents (one Spaniard and two Moroccans) who exchange letters dealing with past and present Spanish customs, with the aim of reaching an objective view of the situation. The letters, actually essays on many different subjects, also address current issues for the period. It is worthy of note that Cadalso devoted particular attention to the moral decline and financial difficulties of the Spanish aristocracy as the crucial factor in the deterioration of the country. Thus the 18th century Spanish aristocracy was to be one of the author's satirical targets and constantly referred to in many of the letters.

Keywords: Enlightenment, aristocracy, epistolary, satire

1. *La nobleza en el siglo XVIII en España*

En la España de la segunda mitad del siglo XVIII se pueden distinguir claramente dos grupos de hombres: una minoría, ardiente y combativa, cuya misión es el apostolado y la educación, que lucha por arrancar al hombre de la indigencia material e intelectual en que vive, una masa, inmensa y petrificada, formada por individuos que no creen en el progreso, rechazan cualquier tipo de innovación y se muestran indiferentes hacia todo lo que tenga relación con el espíritu; son hombres que viven apegados a la tradición y conformes con la autoridad, desconfían del sentido crítico y temen las novedades. Estos dos grupos, minoría y masa, no coinciden con las clases sociales: un caballero, un catedrático o un magistrado, por ejemplo, pueden pertenecer a la masa,

como, asimismo, un artesano poco inteligente o un campesino innovador pueden formar parte de la minoría selecta. En efecto, los individuos de la masa no son, forzosamente, los del pueblo bajo, es más, son precisamente los de las clases sociales más altas quienes prefieren vivir en la ignorancia pues siguen tenazmente adheridos al pasado y a la tradición (Domínguez Ortiz 1976; Piñal 1991; Marcos Marín 2000).

La nobleza, sometida durante siglos a una rigurosa etiqueta, funciona siguiendo ritos tan sagrados e invariables como los de la religión. La corte, al igual que la Iglesia con sus pomposas manifestaciones exteriores, exalta la belleza y grandeza de sus liturgias y ceremonias poniendo de relieve el valor de su tradición, de ahí su escasa permeabilidad a los cambios que traen consigo los nuevos aires de progreso. En el siglo XVIII la nobleza española presenta las mismas características y mantiene idénticos privilegios que en siglos anteriores: incultura, inactividad y ciertos derechos transmitidos por herencia biológica (Soria Mesa 2007).

La incultura se debe principalmente a que la educación de los hijos de los nobles estaba en manos, casi siempre, de pedagogos incultos e ineptos y de ayos de escasa preparación intelectual cuyo único objetivo era el de explotar el privilegio de trabajar en una casa ilustre y rica. De estos jóvenes solo una minoría iba a la universidad, y allí, el juego, el galanteo, la equitación, la esgrima, la música, la danza, el francés y el cuidado de la propia persona eran las ocupaciones cotidianas¹. Ejemplos de la incultura de estos nobles los tenemos en toda la literatura de los ilustrados; Jovellanos, por ejemplo, refiriéndose al conde de la Vega, escribirá en sus *Diarios* (1790-1810): “es un bendito: habla de todo y nada entiende” (Serrailh 1992, 87), y hablando de la marquesa de Ceriñuela nos la describirá como “una aldeana poco despierta” (*ibidem*). Existe, sin embargo, una minoría de aristócratas que se interesa por las artes y por las ciencias, pero la inmensa mayoría desdén la cultura prefiriendo elementos más sanos y genuinos de la tradición española como las corridas de toros (véase la *Carta LXXII* de las *Marruecas*, por ejemplo), las fiestas populares y el gusto por las actrices y modistillas. El joven de la nobleza, educado y preparado casi exclusivamente para vivir en la corte y saber desenvolverse en sociedad, tiende a convertirse en “petimetre” o acaba cayendo en el “majismo”, las dos tendencias en boga en esta segunda mitad del siglo XVIII (Díaz Plaja 1997).

Los petimetres eran

jóvenes de familias ricas, aun cuando no necesariamente aristocráticas que, antes de venir a deslumbrar a sus paisanos e implantar en la corte el último grito de la moda masculina, se habían dado una vueltecita por diversos países a “correr cortes”, como se decía en la época, de las cuales traían, más o menos prendida con alfileres, una flamante jerga de galicismos que se apresuraban a implantar. (Martín Gaité 1994, 73)

La misma palabra petimetre es ya un galicismo: *petit maître*, es decir, “pequeño señor, señorito”. Efectivamente, como consecuencia de sus viajes

por el extranjero, estos jóvenes privilegiados pretendían refinar sus modales, pero solo conseguían una absurda caricatura de lo que intentaban imitar; el petimetre es remilgado como una mujer, afectado y necio, desdeña las costumbres y la lengua de su patria, exalta la moda de París y salpica su conversación de voces francesas y ridículos galicismos ya que París es la corte que estos jóvenes de buena familia visitan con mayor frecuencia. Para esos privilegiados, en los que se incubaba la elegante indolencia que más tarde caracterizaría a los “señoritos” burgueses del XIX, traer del extranjero, para exhibir después en la corte española, tanto términos relacionados con la vida cultural y los usos mundanos como objetos importados de Francia, suponía una novedad y un lujo que pocos se podían permitir.

Paralela a esta tendencia extranjerizante se da, en los últimos decenios del siglo XVIII, una revalorización de lo popular, de todo lo que procede del pueblo que, como reacción al afeminamiento de los nobles, pero también de las personas de clase media que los imitaban, se había replegado en una actitud completamente hostil al influjo extranjero. En efecto, los hombres y mujeres de los barrios bajos, los majos, considerándose superiores a los amanerados petimetres y depositarios y genuinos representantes de la más pura tradición castiza, despreciaban a las clases más privilegiadas a las que consideraban culpables de la degeneración caricaturesca a la que había llegado la corte y, como reacción, tendían a exhibir con insolencia una actitud agresiva y chulesca creando un estilo bien definido, lo que se conoce como majismo, el reverso de lo que rechazaban pero, en definitiva, igual de caricaturesco. Pero los refinados estilos cortesanos, que habían nacido para satisfacer el afán de excepción de la nobleza, se habían vulgarizado hasta tal punto a causa del uso impropio que de ellos hacía la clase media que, paradójicamente, las clases sociales más elevadas, sobre todo la alta aristocracia, como reacción se van a sentir atraídas por la plebe, desde el uso de sus formas verbales hasta sus trajes, danzas y diversiones, entusiasmándose cuando abandonan sus propias maneras y se saturan de plebeyismo jugando a vestirse y a comportarse como las gentes de los barrios bajos. Pero seguramente quien mejor supo captar el filón de posibilidades que el aprovechamiento de lo popular ofrecía en este sentido fue la duquesa Teresa Cayetana de Alba pues fue la que “con mayor audacia llevó a la práctica el injerto de estos estilos populares en los aristócratas” (ivi, 106; véase también Blanco Soler *et al.* 1949).

En este panorama general de la decadente aristocracia española del siglo XVIII tiene un papel relevante la mujer. Dado que su único objetivo en la vida es agradar al hombre, emplea todo su tiempo en el cuidado de su persona, en estar al día de las últimas novedades en cuanto a vestuario, alhajas y cosméticos; no necesita instrucción porque es más importante el cuidado del cuerpo que el del espíritu dado que el hombre la prefiere hermosa e ignorante. Efectivamente los hombres son los mayores responsables de la pobreza intelectual de las mujeres pues la sola conversación que mantienen con ellas

está basada únicamente en el chismorreo o en el galanteo. La mujer, por lo tanto, se va a preocupar solo por seguir las corrientes de la moda importada de París y sus únicas ocupaciones serán ir la teatro, recorrer en carroza el Paseo del Prado, o los juegos de sociedad, siempre acompañada por su fiel chichisveo. Esta constante obsesión por imitar la moda que dicta el país vecino la padecen indistintamente los hombres y las mujeres de la corte, como veremos en las cartas que Cadalso dedica al tema. Por otra parte todavía, como en los siglos precedentes, en el dieciocho el trabajo sigue siendo incompatible con el estado de nobleza; la nobleza no produce, recibe solo beneficios y, además, tiene el privilegio de no pagar impuestos; por consiguiente, el resultado de la escasa educación de los jóvenes nobles por una parte, y de su vida ociosa, vacía y superficial por la otra, es una clase social estática, inculta e inoperante.

Paralelo a este problema de incultura y de inactividad, la nobleza española del dieciocho tiene otros no menos graves; a pesar de su aparente inmovilidad, este sólido estamento empieza a desmoronarse y a mostrar síntomas que anuncian su inevitable disgregación que culminará en el siglo XIX. Las causas son internas y se remontan a siglos anteriores: la escasa potencia biológica, debida a las frecuentes uniones consanguíneas y la precaria situación económica en que se encuentran muchas de estas ilustres casas por su incapacidad a la hora de administrar el patrimonio familiar son las más significativas. Los matrimonios entre parientes, el hecho de que muchas grandes familias no logren tener descendencia y la institución del mayorazgo, que favorece al primogénito, hace que, a menudo, todos los títulos y derechos honoríficos de una familia suelen ir a parar a un solo individuo. Y estas grandes casas, cada vez menos numerosas, pero con un sinfín de títulos y cargos honoríficos, esconden, tras esta fachada, una pésima situación financiera. Ello se debe a que generalmente un miembro del Consejo de Castilla administraba sus bienes y el titular recibía una asignación fija según su categoría; si, en cambio, era la familia quien cuidaba de sus propios intereses los resultados, como dije antes, solían ser desastrosos. A todo esto hay que añadir la falta de inversiones productivas y el exceso de gastos que la tradición y el fausto habían impuesto a la nobleza. Por consiguiente, estas ilustres familias de tan rancio abolengo, para poder seguir manteniendo sus vastas posesiones y su privilegiado *estatus* social, se vieron obligadas a acudir al rey para solicitar moratorias; el desastre agrícola del primer tercio de siglo contribuyó a empeorar la situación y su ya precaria economía (Anes Álvarez 1969; Mestre 1976; Menéndez Pidal 1988).

Sin embargo, a pesar de los problemas aludidos y no obstante la escasa permeabilidad de esta clase social a los cambios (especialmente al que supone aceptar a “nuevos aristócratas” en una élite tan exclusiva como es la de la nobleza), el estamento nobiliario no cesó de crecer en número. Los reyes, en efecto, premiaban servicios y conseguían aliados concediendo títulos, y la tendencia a identificar nobleza hereditaria con nobleza a secas ya es muy evidente en el siglo XVIII. Así es inevitable que un estamento social tan estático

como había sido durante siglos el de la nobleza inicie un proceso paulatino de evolución y que empiecen a aparecer nuevas leyes que permiten el acceso a esta clase social por caminos distintos del tradicional, basado en la transmisión hereditaria de ciertos privilegios. Quienes seguían defendiendo la existencia de un “verdadero” estamento noble debían, por tanto, partir de otros supuestos; los nobles de más rancia alcurnia comprenden que la herencia biológica ya no es la sola vía de acceso aunque el fetichismo de la sangre estaba demasiado arraigado para desaparecer tan fácilmente. Por este motivo encontramos tantas vacilaciones y contradicciones al respecto, ya sea en obras literarias que en textos legislativos de la época (Herr 1964; Elorza 1970). La postura de Jovellanos en este sentido es significativa por venir de un noble: sin confesarlo abiertamente, él ya no cree en el principio básico de la transmisión hereditaria de la nobleza; cree en su existencia, pero la considera sólo un privilegio que posee un grupo de ciudadanos gracias a las circunstancias, a la educación y a la riqueza (Caso González 1975, 45-47; Álvarez 2002). La decadencia moral de la nobleza española del dieciocho, sus privilegios e incluso su misma existencia, será un tema que abordarán, con el espíritu crítico que caracteriza al hombre ilustrado, diversos autores del setecientos. En sus obras, a menudo, la sátira antinobiliaria llegará a ser realmente violenta.

2. Cadalso y la nobleza

José Cadalso (Cádiz, 1741 – Gibraltar, 1782), una de las figuras más significativas del panorama literario español de la segunda mitad del siglo XVIII, vive plenamente el reinado de Carlos III (1759-1788) que, para España, supone el periodo clave de la *Ilustración*. Considerado por sus contemporáneos, pero también por la crítica actual, un impulsor, innovador y orientador literario, en él confluyen la adhesión a las nuevas corrientes europeas que se estaban difundiendo en España y un profundo amor y respeto por su país y sus tradiciones. Esta idea de armonizar las novedades europeas con los elementos más sanos y genuinos de la tradición española la había defendido Benito Jerónimo Feijoo a principios de siglo y la van a compartir los dos grandes ensayistas del momento, Cadalso y Jovellanos (Álvarez Barrientos 1989; Sánchez Blanco 1991).

Hombre de mundo, con un amplio conocimiento desde muy joven del extranjero pues tuvo el privilegio de estudiar en París siendo solo un niño y posteriormente, en su primera juventud, de viajar por Europa, pero también hombre de vasta cultura, en Madrid vive la intensa vida social de la corte aunque esto, sin embargo, o quizás precisamente por tener la posibilidad de conocer tan de cerca la frívola sociedad madrileña de la época, le lleve a adoptar una actitud crítica e irónica ante dicha sociedad. En efecto, a la observación de costumbres, de innegable raíz francesa, suma un espíritu crítico y reformador cuyo principal objetivo es evidenciar, censurar y satirizar todos los vicios, con-

tradiciones y graves defectos que aquejan a la sociedad española de la época; no es de extrañar, por lo tanto, que una clase social tan importante como es la nobleza se convierta en blanco de sus ironías. Lógicamente este espíritu crítico, fruto de la cultura ilustrada, es el rasgo distintivo de los intelectuales españoles del setecientos (Feijoo, Jovellanos, Moratín, Forner, ...) pero la actitud crítica de Cadalso, respecto a la de sus contemporáneos, es bastante original por lo contradictoria que se nos presenta: si por un lado censura y ridiculiza el mundo al que pertenece y en el que vive, por el otro se siente orgulloso de seguir perteneciendo a lo más selecto de la sociedad que critica (Reyes Cano 1975; Glendinning 2000, XVI-XVII; Sebold 2000, 18-40).

Aunque la verdadera postura de Cadalso ante el ambiente cortesano de su época siga siendo uno de los aspectos más enigmáticos de su biografía y objeto de continuas controversias, lo que no cabe duda es que su personalidad y manera de afrontar la vida estuvo muy condicionada por el entorno familiar y social: una infancia solitaria y falta de cariño familiar, el carácter poco estable de la vida militar que le proporcionó pocas satisfacciones y muchas frustraciones (ascendió a coronel solo pocas horas antes de morir en el frente de Gibraltar), los amores trágicos y plagados de obstáculos con la actriz María Ignacia Ibáñez a quien su círculo de amistades nunca aceptó. Indudablemente el espíritu crítico de Cadalso, que contrastaba con el título de Caballero de la Orden Militar de Santiago a la que pertenecía, le causó solo inconvenientes y le obligó incluso a un breve destierro de la Corte: “desterrado por haber escrito una sátira contra las costumbres de la alta sociedad madrileña, llena de alusiones a los bailes de máscaras y a los cortejos y amoríos de la nobleza” (Glendinning 1961, XXII). Efectivamente Cadalso divulgó en 1768 un *Calendario satírico* en el que abiertamente se refería a varias personas de la alta sociedad provocando indignación en varias damas que reconocieron en su sátira social alusiones a sus líos amorosos². Como resultado tuvo un proceso que determinó su destierro³. En este *Calendario* hace algunas alusiones a sí mismo excluyéndose del ambiente que tan duramente critica. Todo ello explicaría, en parte, la postura contradictoria de Cadalso ante una sociedad que parece desear y rehuir al mismo tiempo.

En efecto, si damos una rápida ojeada a su autobiografía (Cadalso 1987), podemos constatar que el tema de la nobleza y el deseo de formar parte de esta clase social privilegiada fueron dos constantes en su vida. Por una parte su familia se consideraba noble: “Efectivamente, los Cadalso fueron en Zambudio tenidos por nobles y así don Iñigo y don Ignacio, bisabuelo y abuelo del poeta, desempeñaron cargos públicos reservados a los que tenían timbres de nobleza” (Tamayo 1971, 9), por otra, el padre de Cadalso pide que se realice una información para probar la nobleza de su apellido a fin de que su hijo sea admitido en el Real Seminario de Nobles de Madrid y, posteriormente, el propio Cadalso se somete a un examen para probar su alcurnia, requisito indispensable para su ingreso en la Orden Militar de Santiago. Junto a la ac-

tividad militar, que le obliga a continuos desplazamientos fuera de la Corte, Cadalso desarrolla una intensa vida social en Madrid. Su gran cultura, su cosmopolitismo, su experiencia como hombre de mundo y su condición de Caballero de Santiago le abren las puertas de la alta sociedad madrileña y de los círculos más exclusivos y cultos de la capital que frecuenta asiduamente, gracias también a la amistad y protección del conde de Aranda, entonces Presidente del Consejo de Castilla y uno de los personajes más poderosos del reino. Se relaciona también con los mejores exponentes de la aristocracia, entre ellos algunas distinguidas damas que le obsequiaron con un trato de favor, en ocasiones de carácter íntimo. Parece ser que en sus relaciones amorosas con la marquesa de Escalona actuó de confidente el propio Aranda.

De otra índole fue la amistad que mantuvo con la condesa-duquesa de Benavente, esposa del marqués de Peñafiel, a la que Cadalso conoció en 1768. En esta mujer confluían la curiosidad intelectual y el mecenazgo para con los hombres de cultura con los que, como otras aristócratas europeas de su siglo, mantenía doctas tertulias en su palacio a las que Cadalso asistió durante años, incluso mantuvo con ella una correspondencia hoy perdida (Yebe 1954). Los salones literarios o tertulias (vocablo más típicamente español), donde la sociedad refinada se reúne para discutir sobre literatura y cultura en general, surgen a imitación de los que tanta fama habían alcanzado en París en el siglo XVII y se convierten, desde el punto de vista cultural, en una de las actividades más características del dieciocho español.

El trato con “gente refinada” le sirve a Cadalso para librarse, según sus propias palabras, de la tosquedad y rutina de la vida militar; sin embargo, como hemos podido observar, esto no le impidió realizar una sátira mordaz contra esa misma sociedad que tanto elogiaba y frecuentaba. Fruto de esta contradicción y del desencanto que en un determinado momento de su existencia siente es una nueva postura ante la vida; con sus amigos, en efecto, se queja del aislamiento espiritual que a veces le embarga y les confía su deseo de renunciar a las antiguas ambiciones, sobre todo al ideal patriótico de servir a una sociedad que ahora le parece injusta. Menos optimista, decepcionado y desengañado de la sociedad que le rodea, aspira, en cambio, a una vida de quietud y retiro filosófico; receloso de la “injusta sociedad”, desea solo una vida sencilla, sin ambiciones ni envidias, una vida aislada como la que había llevado en su exilio aragonés; efectivamente esta forma de estoicismo vital parece ser que inicia después de su destierro⁴.

En la *Carta LXIX* de las *Marruecas* utiliza el viejo tópico de la pureza de la vida rural comparada con la degeneración de la corte para exaltar las delicias de la vida retirada en una aldea española. Es interesante destacar esta carta y la siguiente como ejemplo, nuevamente, de la postura contradictoria del autor ante la sociedad de la época: por boca de Gacel elogia con entusiasmo la vida rural definiéndola “envidiable”; Nuño, en la *Carta LXX*, le contesta manifestando una opinión totalmente opuesta pues considera que el hombre que se retira de

la corte es un “mal ciudadano” y un “mal patriota”⁵. La actitud contradictoria de Cadalso se refleja más explícitamente en su desdoblamiento en dos de los correspondientes de las *Cartas marruecas*, Gazel y Nuño, para defender el pro y el contra de cada cuestión abordada en la obra aunque, como sabemos, el pensar íntimo de Cadalso coincide con la opinión de Nuño en quien quiso ocultarse siempre, como se advierte a menudo en la obra, el propio autor.

Para algunos críticos, en cambio, el desencanto de Cadalso ante la sociedad cortesana a la que, a su pesar pertenecía, no es fruto de una actitud sincera de desprendimiento ni de una auténtica valoración de la naturaleza como antítesis de la vida cortesana (aspiración prerromántica), sino la reacción un tanto rencorosa de un ardiente devoto de la sociedad sofisticada en el momento en el que se siente más decepcionado y desengañado de sus más secretas ambiciones sociales. Según Russel Sebold, uno de los ingredientes de la personalidad de Cadalso es precisamente su “dandismo” que hace que para el autor la sociedad sea “un ritual fastidioso pero, al mismo tiempo, delicioso, puesto que su desdén por ella, junto con su frecuentación de ella, le permitía exhibir públicamente su sentido egoísta de su propia superioridad” (Sebold 1974, 67).

La profunda pasión que sintió por María Ignacia Ibáñez (musa inspiradora de sus *Noches lúgubres*) es otro ejemplo del desdoblamiento de la personalidad del autor. Cadalso estaba tan enamorado de la actriz que, si no hubiera sido por la repentina muerte de la joven, se hubiera casado con ella no obstante su entorno social reprobara tal decisión. El majismo, tan en boga en esos años, inducía a los jóvenes de la buena sociedad a vivir amoríos con actrices y plebeyas aunque no hasta el extremo del matrimonio (Sebold 2010, 35-41); el matrimonio con María Ignacia habría sido un escándalo visto el pobre concepto moral y social que había de los cómicos en el siglo XVIII, pero este deseo del autor refleja el espíritu romántico y contradictorio de Cadalso, una actitud que es bien visible en muchas de sus *Cartas marruecas*⁶, pero sobre todo en su tragedia *Solaya, o los circasianos* (compuesta entorno a 1771 pero publicada solo en 1982) en la que afronta con gran sensibilidad un tema tan debatido por los ilustrados como es del contraste el entre pasión amorosa y razón, virtud y debilidad; aunque obviamente en esta tragedia el amor es derrotado, quien se le opone con violencia en nombre del amor mancillado se revela un despiadado ejecutor de una justicia odiosa. Esta obra, en efecto, refleja perfectamente el estado anímico de Cadalso dividido entre honor y disciplina militar y amor por María Ignacia.

3. Las Cartas marruecas

Las *Cartas marruecas* es la obra capital de Cadalso, obra póstuma que se publicó por vez primera en el *Correo de Madrid* (antes *Correo de los Ciegos de Madrid*) en 1789 gracias a su amigo el conde de Noroña. El autor, siguiendo la corriente literaria en boga en esos años de utilizar el género epistolar y el artificio literario de un extranjero exótico que, de viaje por Europa, refiere a

los amigos de su lejano país sus impresiones sobre las costumbres de la sociedad occidental, escribe sus *Cartas marruecas* con el propósito, como los otros escritores que cultivan el género, de llevar a cabo una crítica política y social de la España de la época. Cadalso utiliza las opiniones de un extranjero de distinta civilización, el moro Gazel, para evidenciar, por contraste, los defectos de la sociedad española.

Esta obra refleja dos corrientes literarias de su tiempo, la tendencia de los escritores a describir países exóticos (orientalismo) y la anotación de las impresiones de un viajero. Montesquieu, con sus *Lettres persanes* (1721), encauza estas tendencias literarias; en la misma línea se colocan las *Lettres rusiennes* (1760), *The Citizen of the World* de Goldsmith (1762) y las *Cartas marruecas*⁷. Cadalso, siguiendo la dirección marcada por Montesquieu, emplea el método epistolar y elige tres correspondientes para su epistolario: Gazel, árabe venido a España en una embajada, Nuño, español amigo de Gazel, y el anciano Ben-Beley, que vive en Marruecos. Las más interesantes y numerosas son las cartas entre Gazel y Nuño que reflejan las opiniones de ambos sobre España, las de Ben-Beley son solo reflexiones morales.

A través de las palabras de Gazel y de Nuño, Cadalso nos describe la vida política, económica, social y cultural del país, subrayando irónicamente las causas de la decadencia nacional y los remedios más indicados para combatirla (*Carta LVI* y *Carta LXXIV*, por ejemplo). Su crítica abarca toda la sociedad, el pueblo, los mercaderes, los escolásticos pedantes, los pedagogos incultos, los señoritos inútiles, el clero ..., y todos los grandes defectos del siglo como la ignorancia, la relajación de costumbres, la donemania, las ridículas modas, etc. Según Cadalso, el origen de tanta decadencia hay que buscarlo en el temperamento hispano; considera que son tres los defectos de los españoles: el orgullo, la poca afición al trabajo y un espíritu rutinario que se opone al progreso y a cualquier innovación beneficiosa. Los defectos nacionales será un tema que abordará con aguda ironía en varias cartas, pero esta actitud crítica ante los vicios de los españoles no le impide apuntar soluciones para remediarlos; como buen ilustrado, el amor y preocupación patriótica por España está unido a un profundo sentido europeísta (Eastman 2012, 46-49).

John B. Hughes distingue tres niveles de intención en las *Cartas*: un propósito deliberado de ser objetivo e imparcial en el análisis de los hechos y en los juicios emitidos, una intención didáctica según el concepto dieciochesco de "utilidad", la conciencia de que la obra representa también un desahogo, una forma de exteriorizar los sentimientos más íntimos del autor y las tensiones vitales y las frustraciones del hombre Cadalso (Hughes 1969, 39-40).

El contenido de las *Cartas* es muy amplio pues quiere abarcar toda la sociedad española del siglo XVIII con sus vicios y virtudes pero, sin duda, lo mejor de este epistolario es la descripción costumbrista, el reflejo de una realidad realmente vivida y observada, captada magistralmente por el autor,

con ambientes y personajes vivos, todo ello facilitado por el carácter conversacional de las misivas, como el propio Cadalso afirma en la “Introducción”: “El mayor suceso de esta especie de críticas debe atribuirse al método epistolar que hace su lectura más cómoda, su distribución más fácil, y su estilo más ameno” (144). Esta obra es el producto de un espíritu ilustrado, inteligente y culto, de un cosmopolita atento a lo que sucede a su alrededor, que logra captar magistralmente todos los aspectos que caracterizan a la sociedad de su tiempo mostrándonos, satíricamente y con fina ironía, la degradante situación a la que ésta había llegado (Falco 1995).

Un interés crítico que abarca tantos ámbitos no podía excluir, por tanto, una clase social tan importante como es la nobleza española del siglo XVIII. Como asiduo frecuentador de la corte y de la aristocracia, Cadalso nos describe detallada y fielmente todos sus defectos, y como hombre ilustrado realiza una aguda labor de crítica de costumbres, una sátira social a sus usos y costumbres, a su escasa cultura y, sobre todo, al concepto de nobleza hereditaria (Maravall 1966, 81-96). Son muchas las cartas en que aborda el tema, trataré por tanto de analizar brevemente las más significativas.

En la *Carta VII*, por ejemplo, se burla de la ignorancia y superficialidad que caracteriza a los jóvenes “caballeros”; el tema de la escasa instrucción impartida a los jóvenes aristócratas y de la vida ociosa que conducen lo abordará en varias cartas. En esta ocasión Cadalso logra darnos un perfecto e irónico retrato del noble o señorito español de provincias⁸:

Iba anocheciendo, cuando me encontré con un caballero de hasta unos ventidós años, de buen porte y presencia. Llevaba un arrogante caballo, sus dos pistolas primorosas, calzón y ajustador de ante con muchas docenas de botones de plata, el pelo dentro de una redecilla blanca, capa de verano caída sobre el anca del caballo, sombrero blanco finísimo y pañuelo de seda morada al cuello. (173)

Las palabras de Cadalso testimonian el conocimiento que el autor tenía del ambiente andaluz, de sus costumbres, folclore, modas ...; a través del diálogo entre Gazel y el joven desconocido se perfila la imagen del típico señorito andaluz, del noble de cortijos y cacerías, un joven superficial e ignorante:

Mi natural sencillez me llevó a preguntarle cómo le habían educado, y me respondió: - A mi gusto, al de mi madre y al de mi abuelo, que era un señor muy anciano ... Murió sin tener el gusto de verme escribir ..., en sabiendo leer un romance y tocar un polo, ¿ para qué necesita más un caballero? (176)

La tradicional incultura de los españoles, uno de los grandes defectos nacionales según Cadalso, la superficialidad de conocimientos de los jóvenes debida a los anticuados métodos en los que todavía se basaba la enseñanza, queda patente en las ingenuas palabras del señorito andaluz:

Me alegra que estuviera aquí mi hermano el canónigo de Sevilla. Yo no he aprendido, porque Dios me ha dado en él una biblioteca viva de todas las historias del mundo. Es mozo que sabe de qué color era el vestido que llevaba puesto el rey San Fernando cuando tomó Sevilla. (175)

Como se puede observar, Cadalso no se abstuvo de criticar una de las instituciones más prestigiosas en España, el clero, que, al igual que la nobleza escondía, tras una fachada de lujo y opulencia, una gran pobreza intelectual. Pero el verdadero motivo de la escasa preparación intelectual de los jóvenes aristócratas nos la proporciona Cadalso en la *Carta XLII*; la educación de estos jóvenes, un lujo que sólo una minoría podía permitirse en la época, estaba en manos de

... ayos europeos, que decuidan mucho la dirección de los corazones de sus alumnos, por llenar sus cabezas de noticias de blasón, cumplidos franceses, guapeza española, arias italianas y otros renglones de esta perfección e importancia. (250)

La educación impartida por estos ayos al joven y privilegiado pupilo se basaba fundamentalmente en la superficialidad; su formación cultural se reducía a unos cuantos consejos útiles para saber desenvolverse correctamente en sociedad; éstos eran los principios básicos que el alumno debía aprender y respetar si quería brillar en la corte. Posteriormente alguno de estos jóvenes, como he señalado antes, iba a la universidad donde se dedicaba a los deportes, a los bailes, a los galanteos ..., todo ello favorecido por la desastrosa situación en que se encontraba la universidad española en el siglo XVIII y que Cadalso conocía bien por haber vivido de cerca el ambiente universitario de Salamanca (Sánchez Blanco 1991). La vida de estos jóvenes caballeros se basaba exclusivamente en la diversión, sus únicas ocupaciones consistían en reunirse con los amigos, asistir a fiestas, saraos, bailes y comilonas y en charlas superficiales que fundamentalmente giraban en torno al chismorreos, como se desprende de las palabras de Gazel en la *Carta VII*:

Presentóme a los que allí se hallaban, que eran varios amigos o parientes suyos de la misma edad, clase y crianza, que se habían juntado para ir a una cacería, y esperando la hora competente pasaban la noche jugando, cantando y bailando. (176)

Por otra parte, estos jóvenes aristócratas gozaban mezclándose con el pueblo e incluso, como dije antes, muchas damas de la alta aristocracia, fascinadas por los modelos implantados por el majismo, tendían a imitar los modos, decires y atuendos populares. Siempre en la *Carta VII*, el hidalgo andaluz, por ejemplo, presume de su amistad con el tío Gregorio, un hombre con “voz ronca y hueca, patilla larga, vientre redondo, modales ásperos, frecuentes juramentos y trato familiar” (177): “El tío Gregorio es un carnicero de la ciudad que suele acompañarnos a comer, fumar y jugar. ¡Poquito le queremos todos los caballeros de por acá!” (176).

El retrato del señorito de provincias, del joven hidalgo andaluz, le sirve a Cadalso para mostrarnos cómo esta vida vacía y ociosa, de lujo y diversiones, no se daba exclusivamente en la corte, sino también en la provincia española porque el noble, en la mayoría de los casos, se educaba y vivía de idéntica manera en cualquier lugar de España.

Otro de los grandes defectos nacionales, según el autor, es el orgullo, como afirma en la *Carta XXXVIII*, un vicio que se halla en “muy extraña proporción” (241) pues: “crece según disminuye el carácter del sujeto, parecido en algo a lo que los físicos dicen haber hallado en el descenso de los graves hacia el centro; tendencia que crece mientras más baja el cuerpo que la contiene” (242).

El orgullo se encuentra por tanto en razón inversa de la jerarquía y es tan típicamente hispano el orgullo en la pobreza que “el español pide limosna regañando” (243). Según esta teoría cadalsiana “los nobles menos elevados” son los que, en mayor medida, ostentan una pretenciosa vanidad, “hablan con más frecuencia de sus conexiones, entronques y enlaces” y solo los “nobles de primera jerarquía” se permiten el lujo de “familiarizar con sus ínfimos criados” (242). Cadalso, al subrayar esta división jerárquica de la nobleza, probablemente esté aludiendo a la evolución que está teniendo esta clase social en el siglo XVIII, a la diferencia entre nobleza titulada, nobleza adquirida y nobleza a secas; y aunque el autor critica a este estamento social en general, admite que ciertos defectos se dan sólo en la “nobleza menos elevada”. A este respecto es interesante el retrato que nos hace del hidalgo de aldea en la *Carta XXXVIII*:

Se pasea majestuosamente en la triste plaza de su pobre lugar, embozado en su mala capa, contemplando el escudo de armas que cubre la puerta de su casa medio caída y dando gracias a la providencia divina de haberle hecho don Fulano de Tal. (*Idibem*)⁹

Es tan grande la vanidad del hidalgo que ignora a los forasteros a quienes mira con recelo: “Lo que más se digna hacer es preguntar si el forastero es de casa solar conocida en el fuero de Castilla; qué escudo es el de sus armas, y si tiene parientes conocidos en aquellas cercanías” (*idibem*).

El talante orgulloso y el porte altivo del hidalgo de aldea contrastan con su extrema pobreza y con su ya escasa significación social. En opinión de los ilustrados, en la pequeña nobleza provinciana el vicio del orgullo estaba tan arraigado que era el mayor elemento retardatario del progreso del país, la causa que obstaculizaba cualquier iniciativa innovadora. Vanidad y orgullo caracterizan a estos nobles dieciochescos que sienten su condición, sus títulos, como un privilegio inmutable que les lleva a afirmar: “Aunque soy cochero soy noble” (197). Muy significativa esta alusión, en la *Carta XII*, al oficio de cochero que desempeña el noble; como se ha visto precedentemente, en el siglo XVIII gran parte de las casas nobiliarias españolas no conservan más que la fachada y un montón de títulos inútiles tras los que esconden la ruina y la miseria a la que han llegado. Muchos de estos aristócratas, obligados a

desempeñar trabajos tan ajenos a su condición, como en este caso el oficio de cochero, conservan, sin embargo, el orgullo de clase, aunque no sus títulos pues al trabajar los pierden, lo que no significa que no siga siendo importante mantener la dignidad estamental aun estando en una precaria situación económica, como el hidalgo de aldea de Cadalso.

En las *Cartas XII* y *XIII* el autor ridiculiza la teoría, tan arraigada en España durante siglos, de la nobleza hereditaria, cuestión muy discutida en la época pues “En España no sólo hay familias nobles, sino provincias que lo son por heredad” (196), le escribe Gazel a Ben-Beley; y más adelante leemos: “Nobleza hereditaria es la vanidad que yo fundo en que ochocientos años antes de mi nacimiento muriese uno que se llamó como yo me llamo, y fue hombre de provecho, aunque yo sea inútil para todo” (197).

La teoría de la nobleza hereditaria empieza a desmoronarse precisamente en el siglo XVIII debido, en gran parte, a la ruinoso situación financiera en que se halla este estamento social. Surge, en efecto, una nueva clase social, la burguesía, rica y trabajadora, que puede permitirse el lujo de comprar títulos y la nobleza, atacada por males endémicos (económicos y biológicos), no tiene más remedio que acoger en su seno a esta nueva clase social de distinto origen, pero que posee la fuerza económica que abre todas las puertas (Rodríguez Casado 1951; Marías 1963). Cadalso, testigo ocular de esta evolución, se va a divertir en varias cartas en poner en evidencia este hecho tan revolucionario como, por ejemplo, en la *Carta XXII* en la que Gazel le dice a Ben-Beley que, si quienes invitan a familiares y amigos a las bodas de sus hijos (siempre y cuando sea entre personas que no son “iguales en haberes y genios y nacimiento” (210) fueran menos hipócritas, deberían anunciar el acontecimiento con estas simples palabras:

Con motivo de ser nuestra casa pobre y noble, enviamos nuestra hija a la de Craso, que es rica y plebeya”; o bien: “Con motivo de ser nuestro hijo tonto, mal criado y rico, pedimos para él la mano de N., que es discreta, bien criada y pobre”; o bien: “Con motivo de que es inaguantable la carga de tres hijas en una casa, las enviamos a que sean amantes y amadas de tres hombres que ni las conocen ni son conocidos de ellas”. (210-211)

Como se puede observar, en esta breve carta Cadalso se burla de la diferencia de clases e ironiza sobre una cuestión muy discutida en esos años, el problema de los matrimonios concertados entre individuos pertenecientes a clases sociales diferentes¹⁰. El concepto de noble/pobre, rico/plebeyo refleja perfectamente la realidad social de la época donde el dinero se convierte en la mejor manera de entrar a formar parte del envidiable mundo de la aristocracia, privilegio, hasta ese momento, de aquellas familias que habían heredado los títulos nobiliarios a través de la sangre. Como dije antes, en el siglo XVIII el estamento nobiliario se vuelve menos exclusivo, las tradiciones y las costumbres de la aristocracia cambian evolucionando hasta extremos insospechados hasta

entonces, como queda patente en la última afirmación de Gazel en la *Carta XXII*. Ahora los títulos que acreditan la nobleza pueden comprarse y el dinero permite que las clases sociales se mezclen. Cadalso, en la *Carta XXIV*, nos da una divertida imagen caricaturesca de estos nuevos cortesanos:

Ahora me voy – me dijo – a pretender un hábito; luego un título de Castilla; después un empleo en la corte; con esto buscaré una boda ventajosa para mi hija; pondré un hijo en tal parte; otro en cuál parte; casaré otra hija con un marqués; otra con un conde. (214)

Interesante esta carta porque en ella Cadalso, a través de la descripción que Gazel le hace a su maestro Ben-Beley de un “caballero que acaba de llegar de Indias con un caudal considerable” (213) que vive en su misma posada, nos presenta una figura típicamente española, no solo de la época, el *indiano*, un hombre enriquecido sobremanera al otro lado del Océano y deseoso, a su vuelta a España, de “ennoblecerse” a toda costa, como se deduce del fragmento que acabo de citar. La emigración a las Américas por parte de individuos procedentes de las regiones más pobres de España (Extremadura, Galicia, Andalucía) y de las clases sociales más humildes en busca de fortuna ha sido, en efecto, una constante en España hasta bien entrado el siglo XX. Típicamente hispano el retorno de estos *indianos* a sus lugares de origen ostentando una nueva posición social, alardeando riquezas adquiridas por varios (y no siempre transparentes) modos “a muchos millones de leguas” (*ibidem*) como único medio para conseguir la estimación que les había sido negada en el pasado:

Y en esto se salió a hablar con una cuadrilla de escribanos, procuradores, agentes y otros, que le saludaron con el tratamiento que las pragmáticas señalan para los grandes del reino; lisonjas que naturalmente acabaron con lo que fue el fruto de sus viajes y fatigas, y que eran cimiento de su esperanza y necesidad. (214)

Cadalso se burla de estos nuevos ricos que invaden la corte cuya máxima ambición es la de “con increíble anhelo colocarse por éste o por el otro medio en la clase de los nobles” (213). Lógico, entonces, que el *indiano* aspire a una nueva posición social porque: “Sobresalir entre los ricos, aprovecharme de la miseria de alguna familia noble para en ella hacer casa, son los tres objetos que debe llevar un hombre como yo” (214).

Siempre presente el concepto típicamente dieciochesco de nobleza adquirida y no heredada, fruto de los nuevos tiempos. Cadalso, y éste es un nuevo ejemplo del desdoblamiento del autor al que ya he aludido, se burla de estas aspiraciones plebeyas que inducen a sus protagonistas a un continuo “trabajo” para mejorar su posición social porque, como nos dice más adelante:

Si se redujese siquiera su ambición de ennoblecerse al deseo de descansar y vivir felices, tendría alguna excusa moral éste defecto político – nótese la ironía al

considerar como “defecto político” la nobleza adquirida –; pero suelen trabajar más después de ennoblecidos. (214)

Queda implícito el abandono, la dejadez, la innacción propias de la nobleza y causa de su desmoronamiento pero, asimismo, privilegio indiscutible de unos pocos a través de generaciones; resalta en cambio, por contraste, el espíritu trabajador de los que nunca han tenido esos privilegios. El autor se divierte ante el espectáculo de estos hombres laboriosos que deben esforzarse para alcanzar un cierto prestigio personal y social. Pero esta nueva nobleza no va a aportar soluciones positivas al viejo y enfermo estamento nobiliario; paradójicamente esta burguesía, después de ennoblecida, en vez de mantener sus sanas costumbres burguesas y mejorar con nueva savia la precaria situación en que se encuentra esta privilegiada clase social, mimetiza todos sus vicios y sus decadentes hábitos dejándola en la misma situación estática en la que había estado durante siglos. En España la burguesía no supone un aporte positivo como, en cambio, lo ha sido para el resto de la aristocracia europea.

Los usos y costumbres de la corte (no se debe olvidar que a Cadalso se le considera uno de los más importantes antecedentes dieciochescos del costumbrismo decimonónico) pero, sobre todo, su ridículo y exagerado afrancesamiento, será un tema que el autor, como asiduo frecuentador de la alta sociedad y testigo ocular de su lamentable estado, abordará en varias cartas. En la *Carta XXXV*, por ejemplo, mediante una supuesta misiva que la hermana de Nuño escribe a “una amiga suya que vive en Burgos” (235) (¡curiosa ironía!), ridiculiza la ignorancia de quienes se obstinan en seguir la moda francesa e imitar todo lo que proviene de Francia. Toda la carta es una sucesión disparatada de galicismos lexicales y fraseológicos, de verdaderos calcos lingüísticos que parodian la superficialidad e incultura de la alta sociedad madrileña: vocablos franceses (‘toaleta’, ‘tour’, ‘deshabillé’, ‘maître’, ‘arribar’, ‘veritable’), expresiones afrancesadas (“hoy no ha sido día en mi apartamento hasta medio día y medio”, “me sequé toda sola”, “tomé de la limonada”, 236-238) y que no solo afectan al lenguaje sino también a las costumbres; según la hermana de Nuño, por ejemplo, su plato favorito es un manjar típicamente francés, la *crapaudina* que, paradójicamente, consiste en un plato tan español como es el de pichones en salsa¹¹. Curiosamente la única persona capaz de “traducir” la carta de la hermana de Nuño es un joven petimetre: “Solo un sobrino que tengo muchacho de veinte años, que trincha una liebre, baila un minuet y destapa una botella con más aire que cuantos hombres han nacido de mujeres, me supo explicar algunas voces” (236).

La vida que conduce la dama dieciochesca en la corte, bien reflejada en las palabras de esta joven petimetre, es idéntica a la de su oponente masculino; Cadalso, en el fragmento de la *Carta XLI* dedicado a la descripción de un día en la vida de un “poderoso de este siglo” (248), nos da un excelente retrato que sintetiza lo que Parini había ridiculizado en su poema satírico *Il Giorno* cuando pintaba los vicios de la nobleza lombarda de la época¹²:

Despiertánle dos ayudas de cámara primorosamente peinados y vestidos; toma café de Moca exquisito en taza traída de la China por Londres; pónese una camisa finísima de Holanda; luego una bata de mucho gusto tejida en León de Francia; lee un libro encuadernado en París; viste a la dirección de un sastre y peluquero francés; sale con un coche que se ha pintado donde el libro se encuadernó; va a comer en vajilla labrada en París o Londres las viandas calientes, y en platos de Sajonia o China las frutas y dulces; paga a un maestro de música y otro de baile, ambos extranjeros; asiste a una ópera italiana, bien o mal representada, o a una tragedia francesa, bien o mal traducida; y al tiempo de acostarse puede decir esta oración: “Doy gracias al cielo de que todas mis operaciones de hoy han sido dirigidas a echar fuera de mi patria cuanto oro y plata ha estado en mi poder”. (249)

Esta repetición obsesiva de nombres y países, sugestivos solo por el hecho de ser extranjeros, muestra la importancia que tenía todo lo exótico o, sencillamente, lo que no era español, en la “educación” y cultura de un buen cortesano, de un verdadero noble; conocer nombres, objetos, costumbres de países lejanos, de culturas exóticas, era un buen pasaporte para brillar en la corte aunque un requisito indispensable seguía siendo, como hemos visto, dominar lo francés en todas sus manifestaciones: lengua, modas, costumbres ...

Interesante y sumamente irónica es la transcripción que Cadalso hace en la *Carta LXIV* de las supuestas peticiones, “memoriales” (287), que distintos gremios de la corte (sombrereras, zapateros, sastres) hacen a Gazel, en calidad de extranjero exótico, para que les “ilumine” sobre cómo modernizar sus respectivos artículos dado que, al cambiar tan rápidamente las modas y para evitar su “irremediable ruina” (291), necesitan urgentemente proponer a sus exigentes clientes, los petimetres, nuevos y extravagantes accesorios: “sombrosos a la *marrueca*”, “calzones africanos”, “babuchas, chinelas o alpargatas africanas” (288-291). Estos memoriales en los que los solicitantes enumeran las distintas prendas y accesorios que habían estado de moda en esos años (“sombrosos a la *Chambéry*, a la *prusiana*, a la *Beauvau*, a la *suiza*, armados a la *invisible*”; “casacas, chupas y calzones, sobretodos, redingotes, cabriolés y capas”; “zapatos con tacón colorado, con la hebilla baja”, 288-292) le sirve a Cadalso, una vez más, para mostrarnos hasta qué ridículos extremos había llegado la sociedad de su época en su obsesión por imitar todo lo que provenía de fuera, sobre todo de Francia. Sin embargo en la misma carta y por boca Nuño (su álter ego) admite avergonzado:

Aquí donde me ves, yo he tenido algunas temporadas de petimetre, habiéndome hallado en lo fuerte de mi tabardillo cuando se usaba la hebilla baja en los zapatos (cosa que ya ha quedado solo para volantes, cocheros y majos). (293)

La vida ociosa, frívola, inútil y vacía que llevan tantos españoles en el siglo XVIII queda bien reflejada también en el fragmento final de la *Carta LXXXV* en la que Gazel le confía a Ben-Beley la negativa opinión que de Nuño tiene de sus compatriotas y, por consiguiente, su visión pesimista respecto al futuro de la nación:

Son muchos millares de hombres los que se levantan muy tarde, toman chocolate muy caliente, agua muy fría; se visten, salen a la plaza, ajustan un par de pollos, oyen misa, vuelven a la plaza, dan cuatro paseos, se informan en qué estado se hallan los chismes y hablillas del lugar, vuelven a casa, comen muy despacio, duermen la siesta, se levantan, dan un paseo en el campo, vuelven a casa, se refrescan, van a la tertulia, juegan a la malilla, vuelta a casa, rezan el rosario, cenan y se meten en la cama. (348)

En efecto, ¿cómo podía perdurar una clase social que vivía de esa manera sin hacer nada por adaptarse a los nuevos tiempos? Ante este dilema, que lógicamente está vinculado a otras muchas cuestiones y problemáticas relacionadas con España que el autor aborda en sus cartas, se enfrentará siempre el personaje, escritor y crítico Nuño/Cadalso cuyas ideas ilustran la oposición que siempre se da en el autor entre “hombre de bien”, moderno, liberal y seguidor del pensamiento ilustrado, y leal “vasallo” de la secular monarquía española y fiel admirador de la tradición nacional. La primera postura se expresa en todas las cartas en las que Nuño manifiesta sus opiniones de hombre ilustrado, imparcial, tolerante y cosmopolita, que admite con tristeza que la España de su tiempo es como un palacio que se desploma, “una casa grande que ha sido magnífica y sólida, pero que con el decurso de los siglos se va cayendo y cogiendo debajo a los habitantes” (*Carta XLIV*, 253); la segunda en aquellas en las que, como militar y español, defiende los valores tradicionales hispánicos y, dirigiendo una mirada nostálgica al reinado de los Reyes Católicos (“la monarquía española nunca fue más feliz por dentro, ni tan respetada por fuera como en la época de morir Fernando el Católico”, *Carta LXXIV*, 321), propone para remediar los atrasos de España y restablecer su antiguo esplendor: “vuélvase a dar el vigor antiguo, y tendremos la monarquía en el mismo pie en el que la halló la casa de Austria” (*ibidem*).

Para concluir cito lo que Russel Sebold afirma al respecto:

Las *Cartas marruecas* son la confesión espontánea y contradictoria de un patriota y militar que ha fracasado al intentar servir a su patria en calidad de crítico ilustrado. El sentimentalismo crítico de Cadalso ha vencido a su intelectualismo cosmopolita. Como crítico es un fracasado, pero solo en el nivel de las reformas prácticas. (Sebold 2000, 58)

Note

¹ Juan Tamayo y Rubio en el “Prólogo” a las *Cartas marruecas* de Cadalso, refiriéndose a las materias impartidas en el aristócrata Seminario de Nobles de Madrid (del que fue alumno Cadalso), cita las palabras de don Manuel Sanz de Foronda: “Gramática Latina, Retórica, Matemáticas, Física experimental, Historia, Náutica, Arte de danzar y otras ciencias y ejercicios propios de un caballero” (1935, 16).

² “Calendario manual y guía de forasteros en Chipre para el Carnaval del año 1768”, posteriormente publicado por Foulché-Delbosc en *Revue Hispanique*, Tomo I, 1894. La copia manuscrita se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid.

³ Juan Tamayo y Rubio en el “Prólogo” a las *Cartas marruecas*, al referirse a este confinamiento, habla de “destierro en Salamanca” (1935, 37); Cadalso, en cambio, transcurrió su exilio en Aragón a partir de octubre de 1768, aunque no se sepa bien dónde ni cuánto duró el destierro. Según documentos de su regimiento, conservados en el Archivo de Simancas, se sabe que estaba nuevamente en servicio en 1769. Probablemente Tamayo, al hablar de “destierro en Salamanca”, se está refiriendo al exilio al que, según la leyenda, le destinó, para evitar escándalos, su protector el conde de Aranda por haber intentado, como el protagonista de las *Noches lúgubres*, desenterrar el cadáver de su amada María Ignacia, pero en realidad ni hubo tal intento ni tal destierro.

⁴ La idea de que el progreso y la civilización corrompen al individuo empieza a surgir en toda Europa a mediados de siglo, defendida por los prerrománticos quienes afirman que el único camino que le queda al hombre es el de volver a la primitiva pureza del estado natural, a una vida sencilla; los paisajes agrestes y la naturaleza pura y libre serán los grandes ideales de esta nueva corriente literaria.

⁵ Este es uno de los muchos casos en los que Cadalso rinde homenaje a Cervantes pues el caballero castellano retirado de la corte no es sino un trasunto del Caballero del Verde Gabán de *El Quijote*.

⁶ De hecho a Cadalso, sobre todo como autor de *Noches lúgubres* (1789), obra que tuvo un éxito extraordinario en época romántica, se le ha considerado un prerromántico; quien más ha sostenido esta opinión ha sido Ramón Gómez de la Serna en su ensayo “El primer romántico de España, Cadalso el desenterrador”, en *Mi tía Carolina* (1942, 33 y ss.).

⁷ Cadalso, en la “Introducción” a sus *Cartas*, declara sus modelos en el género que cultiva. Véase también R.P. Sebold (2000, 144, nota 6). De ahora en adelante todas las citas de las *Cartas marruecas* se refieren a esta edición.

⁸ Creo conveniente una aclaración; en esta carta Cadalso, por boca de Gazel, divide la sociedad española en tres clases: la primera formada por hombres inmensamente ricos que “gobiernan sus estados” y “frecuentan el palacio”, la segunda por “nobles menos condecorados”, militares, magistrados ..., y la tercera, la plebe. Define “nobles” a los que pertenecen a las dos primeras pero no precisa a qué tipo de nobleza pertenecen; dado que en el siglo XVIII había una gran confusión sobre el tema pues la nobleza se compraba fácilmente, pienso que Cadalso utiliza el término noble en un sentido bastante amplio. Por ejemplo, en la *Carta XI* escribe: “Señora-dijo- este es un moro noble, cualidad que basta para que le admitáis” (192). En cualquier caso su sátira abarca a todos los componentes de una privilegiada clase social, a los cortesanos o a los que viven como tales.

⁹ No debían de haber cambiado mucho las cosas desde el siglo XVI pues el pobre hidalgo de la *Carta* no se diferencia mucho del pintoresco amo de Lázaro en el Tratado III del *Lazarillo de Tormes*.

¹⁰ El tema de los matrimonios desiguales era tan actual en la época que incluso el gobierno había intervenido en el problema; dado que el núcleo social es importante para la estabilidad del Estado, el gobierno había promulgado en 1776 un decreto en el que se recomendaba a los padres que no abusasen de su autoridad, que intentasen comprender las verdaderas intenciones de sus hijos para así impedir, por un lado, la mezcla de clases sociales, peligrosa para la estabilidad social y para la economía nacional, y por otro, evitar tantas uniones estériles igual de perjudiciales pues, debido a la enorme diferencia de edad de los contrayentes, estos matrimonios no solían tener descendencia (en general, los matrimonios desiguales eran entre un viejo rico y una joven con pocos recursos económicos). Este tema será abordado por la mayoría de los ilustrados españoles, véanse, por ejemplo, las tres comedias de Leandro Fernández de Moratín *El viejo y la niña* (1786), *El barón* (1787) y *El sí de las niñas* (1801) o el cartón para tapiz de Goya titulado *La boda* (1792). Vid. Caso González 1983; Montero Padilla 1993.

¹¹ El galicismo será objeto de numerosos debates lingüísticos durante el romanticismo; en 1855 se publica incluso un *Diccionario de galicismos* escrito por Rafael María Baralt. Vid. R. Navas Ruiz, *El romanticismo español*, Madrid, Cátedra, 1982, 228.

¹² *Il Giorno*, la obra más importante de Giuseppe Parini (1729-1799), consta de cuatro partes: *Il Mattino* (1763) en el que el autor da una serie de consejos irónicos a un joven sobre cómo comportarse por la mañana, *Il Mezzogiorno* (1765), *Il Vespro y La Notte*, las dos últimas publicadas póstumas.

Referencias bibliográficas

- Aguilar Piñal Francisco (1991), *Introducción al siglo XVIII*, Gijón, Júcar.
- Álvarez Barrientos Joaquín (1989), “El hombre de letras español en el siglo XVIII”, en *Carlos III y la Ilustración*, Madrid, Ministerio de Cultura, v. III, 417-427.
- Álvarez-Valdés, Valdés Manuel (2002), *Jovellanos: enigmas y certezas*, Gijón, Fundación Foro Jovellanos.
- Anes Álvarez Gonzalo (1969), *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII*, Barcelona, Ariel.
- Blanco Soler Carlos (1949), *La duquesa de Alba y su tiempo*, Madrid, Epesa.
- Cadalso José (1982), *Solaya o los circasianos*, ed. de F. Aguilar Piñal, Madrid, Castalia.
- (1987), *Autobiografía. Noches lúgubres*, ed. de M. Camarero, “Clásicos Castalia”, 165, Madrid, Castalia.
- (2000), *Cartas marruecas*, ed. de R.P. Sebold, Madrid, Cátedra.
- Caso González J.M. (1975), “La justicia, los jueces y la libertad humana según Jovellanos”, en E. Arce *et al.*, *Libro del bicentenario del Colegio de Abogados*, Oviedo, Gráficas Summa, 45-47.
- , “Ilustración y neoclasicismo” (1983), vol. IV, en F. Rico, *Historia y crítica de la literatura española*, Madrid, Crítica.
- “Calendario manual y guía de forasteros en Chipre para el Carnaval del año 1978”, publicado por Foulché-Delbosc en *Revue Hispanique*, Tomo I, 1894. La copia manuscrita se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid.
- Díaz Plaja Fernando (1997), *La vida cotidiana en la España de la Ilustración*, Madrid, Edaf.
- Domínguez Ortiz Antonio (1976), *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Madrid, Ariel.
- Eastman Scott (2012), *Preaching Spanish Nationalism across the Hispanic Atlantic. 1759-1823*, Baton Rouge, LSU press.
- Elorza Antonio (1970), *La ideología liberal en la ilustración española*, Madrid, Tecnos.
- Falco Alfonso (1995), *Società e politica nelle Cartas Marruecas di José de Cadalso*, Bari, Levante.
- Fernández de Moratín Leandro (1795), *El viejo y la niña: Comedia en tres actos*, Madrid, Imprenta Real.
- (1803), *El barón: comedia en dos actos*, Madrid, Villalpando.
- (1805), *El sí de las niñas*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Glendinning Nigel, “Prólogo” a J. Cadalso (1961), *Noches lúgubres*, “Clásicos Castellanos”, Madrid, Espasa Calpe.
- (1962), *Vida y obra de Cadalso*, Madrid, Gredos.
- (2000), “Estudio preliminar”, Introducción a J. Cadalso, *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, Barcelona, Crítica.
- Gómez de la Serna Ramón (1942), “El primer romántico de España, Cadalso el desenterrador”, en Id., *Mi tía Carolina Coronado*, Buenos Aires, Emecé Editores.

- Herr Richard (1964), *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar.
- Hughes J.B. (1969), *José Cadalso y las Cartas marruecas*, Madrid, Tecnos.
- Maravall J.A. (1966), "De la Ilustración al Romanticismo: el pensamiento político de Cadalso", en *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*, vol. II, París, Centre de Recherches de l'Institut d'Etudes-Hispaniques.
- Marcos Marín F.A. (2000), *España en los siglos XVI, XVII y XVIII: economía y sociedad*, Barcelona, Crítica.
- Mariás Julián (1963), *La España posible en tiempos de Carlos III*, Madrid, Moneda y Crédito.
- Martín Gaité Carmen (1994), *Usos amorosos del siglo XVIII en España*, Barcelona, Anagrama.
- Menéndez Pidal Ramón (1988), *La época de la Ilustración. El Estado y la Cultura (1739-1808)*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Mestre Antonio (1976), *Despotismo e Ilustración en España*, Barcelona, Ariel.
- Montero Padilla José, "Introducción" a L. Fernández de Moratín (1993), *El sí de las niñas*, Madrid, Cátedra.
- Navas Ruiz Ricardo (1982), *El romanticismo español*, Madrid, Cátedra.
- Reyes Cano Rogelio (1975), "Introducción" a J. Cadalso, *Cartas marruecas*, Madrid, Editora Nacional.
- Rodríguez Casado Vicente (1951), *La revolución burguesa del siglo XVIII español*, Madrid, Arbor.
- Sánchez Blanco Francisco (1991), *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, Madrid, Alianza.
- Sebold R.P (1974), *Cadalso: el primer romántico "europeo" de España*, Madrid, Gredos.
- (2000), "Introducción" a J.Cadalso, *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, Madrid, Cátedra.
- (2010), *Concurso y consorcio, letras ilustradas, letras románticas*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- Sarrailh Jean (1992), *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Soria Mesa Enrique (2007), *La nobleza en la España moderna: cambio y continuidad*, Madrid, Marcial Pons.
- Tamayo y Rubio Juan, "Prólogo" a J. Cadalso (1935), *Cartas marruecas*, "Clásicos Castellanos", Madrid, Espasa Calpe.
- Yebes, condesa de (1954), *La condesa-duquesa de Benavente: una vida en unas cartas*, Madrid, Espasa-Calpe.